

LA AMNISTIA Y LA RECONCILIACION NACIONAL

Por Juan Rejano

Camaradas:

Veinte años van a cumplirse de la determinación de nuestra guerra. Desde entonces hay espoletes que no han visto la luz del día, sino a través de las rejillas de una prisión. Otros han sido condenados y encarcelados después, pero ninguno cuenta con menos de cincuenta o setenta años de inhumano encierro. En nuestros mismos días, el régimen sigue echando cerrojos sobre vidas heroicas, como el caso de nuestros camaradas Leocadio Peña, Miguel Núñez, Leoncio Peña, Emiliano Fábregas y tantos más. Estos hombres, que lograron sobrevivir a la febril y dilatada represión franquista, y en la que cayeron para quintuplicar centenas de miles de compatriotas, siguen siendo las víctimas directas de una de las más inhumanas y más grandes de este siglo: son la herida más profunda y dolorosa de cuantas aún permanecen abiertas en el campo de España. Nada hay que justifique ya su encarcelamiento. En realidad, nunca lo hubo, en buena doctrina jurídica. Sólo unos monstruos como los que desataron la guerra civil y han seguido alligando a la víctima después por todos los medios, podían tratar de justificar este inaceptable crimen y, sobre todo, podían cometerlo.

Pero son los propios presos políticos los que mejor han definido su angustiosa situación. En el documento que meses atrás dirigieron a España y al mundo denunciando la trágica suerte del indulto franquista, decían lo siguiente: "Quiénes desconozcan el proceso de la represión en España, sin precedentes en la historia moderna, que a veces, como estos presos políticos, condenados a penas tan altas, serían reos de delitos inconfesables contra la sociedad y la seguridad del Estado. No les falta una palabra llamada delincuencia sería, en cualquier otro país, el ejercicio normal de los derechos y los deberes ciudadanos".

Exactamente. La delincuencia de estos hombres, el delito de que se les redujo a prisión no es otro que el haber participado en la guerra, en unos casos, o el pensar de manera no favorable al régimen, en otros. A veces, una simple sospecha ha bastado para privarlos de libertad. La monstruosidad no puede ser más flagrante. "La mayoría de nuestros procesos — dice el documento — han sido incoados sin garantías jurídicas, con el terror y la tortura, y, sin embargo, los testimonios de satisfacción demuestran palmariamente la ilegalidad del enjuiciamiento y la condena. La casi totalidad de los penados excluidos del indulto han sido encausados por nuestra organización, por supuestas relaciones políticas o por su antigua calificación personal democrática o revolucionaria. Por estos mismos "delitos" otros millares de camaradas nuestros dejaron la vida ante los piquetes de ejecución".

Y los que se salvaron — podemos añadir nosotros — vivieron una perpetua agonía, por la vida de las que, si alguien debiera escribir, son los que de 1936 a la fecha han asumido a España en la ruina y la muerte. Pero no nos dejemos engañar. El castigo que Franco hace pesar bárbaramente sobre estos hombres no representa sólo el aspecto inhumano, zoológico, del régimen, el inagotable sentimiento de venganza de su naturaleza típicamente fascista; representa también un arma política, un medio tortuoso de mantener encendido el espíritu de guerra civil. Lo que Franco busca, por éste y por otros caminos, es que España continúe dividida en bandos, que nuestro país no llegue a cohesionar de nuevo su vida, hasta volver a constituir un solo cuerpo social. Es lo mismo que ese espeluznante Valle de los Caídos, expresión de la locura neofascista del insaciable y ríscuelo "caudillo", tumba, no de ilones de pesetas robadas al pueblo, y donde, a juzgar por la opción que ha despertado en todos los sectores del país, el único que va a reposar, si es que reposa, es el inspirador de este Escorial de inexistentes saquinquines, aunque de probados e incontables crímenes salvajismos. ¡Viva la muerte!, gritó un día el otro neofascista de Millán Astray. Franco ha querido perennizar ese grito en piedra, en la piedra del Valle de los Caídos.

Para subsistir, para tratar de neutralizar los fenómenos de descomposición en que se ve envuelta y que al fin darán con ella al traste, la dictadura de Franco

pretende mantener sangrante el inmenso desgarrón que en sus orígenes abrió ella misma en la sociedad española. Por eso sigue agitando y practicando el espíritu de cruzada. Por eso recurre, de cuando en vez, su sistema de terror y amenaza. Por eso prolonga — e intensifica, muchas veces — todos los vicios, aberraciones e injusticias que le son consustanciales. Por eso, en fin, retiene en prisión a más de un millón de españoles inocentes, cuyas vidas y cuyas familias ha destruido.

Pero esta pretensión de la dictadura franquista es vana. El pueblo se ha interpuesto en su camino. El pueblo quiere hoy lo contrario de lo que quiere Franco. Siempre, en verdad, lo quiso; pero ahora está decidido, además, a llevar a la realidad sus deseos. El pueblo quiere olvidar, destruir para siempre las consecuencias de la guerra civil; quiere vivir en paz y reiniciar una existencia dedicada al trabajo, sin temores ni sombras ominosas. Las nuevas generaciones han irrumpido en la vida española enarblando la concordia y el entendimiento. Exigimos el retorno a la normalidad nacional política" han dicho estos epígonos de los que se batieron, de un lado y de otro, en la guerra civil. Unos epígonos, como se ve, muy especiales, que no siguen la escuela de la generación que los engendró física y espiritualmente y que aspiran a reconstruir lo que hallaron destruido. Y, como recordando que Franco es el obstáculo para superar la realidad actual, se muestran opositores a su régimen, como se muestra todo el pueblo español, desde las capas de la gran burguesía a las clases laboriosas. "No más guerra civil. Resolvamos los problemas de España pacífica y democráticamente", esta es la divisa que preside hoy los anhelos de la mayoría de nuestros compatriotas. Y ésta la raíz de la política de reconciliación que propugna nuestro P.

La política de reconciliación nacional, como hemos dicho muchas veces, no ha nacido de una abstracción ni nace de entre nosotros, sino que es el resultado de la cabeza: obedece a esos sentimientos y aspiraciones de nuestro pueblo que acabo de mencionar, y los interpreta más acucioso y leal de ella. Nuestra organización, por supuesto, no compete es el que compete a todos los partidos comunistas que saben situarse en las avanzadas de su pueblo, escuchar atentamente sus latidos y traducirlos a fórmulas políticas eficientes y veraces.

La política de reconciliación nacional, como también hemos repetido en más de una ocasión, es hoy la forma más conspicua y genuina de la lucha de clases en nuestro país. Su aplicación y desarrollo no presupone un estorbo, ni siquiera una tregua en la evolución de las pugnas naturales de la sociedad española, ya que dicha política tiende a resolver, por la vía más conveniente, la contradicción fundamental que existe en nuestro país, para lanzar, después, etapas de mayor profundidad revolucionaria. Es decir, que la política de reconciliación

nacional asume funciones de lucha de clases — es, en realidad, lucha de clases — porque entraña en estos momentos el único y valeroso medio de acabar con el régimen franquista y sustituirlo por otro de carácter democrático, y porque en el proceso de su desenvolvimiento permite a la clase obrera arrancar conquistas de índole económica y política, que, de otro modo, serían casi inalcanzables.

Pues bien, en el centro mismo de la política de reconciliación nacional, que como por su solo nombre se deduce es el reverso del espíritu de cruzada y de guerra civil, está el problema de los presos políticos. No podemos desarrollar con celeridad la política de reconciliación nacional mientras no logremos arrancar al régimen franquista una amnistía general para los presos y exiliados políticos. Debemos penetrarnos profundamente de la idea de que éste uno de los objetivos de la reconciliación, como dije, uno de los peñados que nos han de conducir a la cima. De tal manera, que amnistía y reconciliación han de ser para nosotros, conceptos tan cónjugos. Con la liberación de los presos políticos, no sólo destruiremos una tremenda injusticia y borramos del mapa de España uno de los sufrimientos que más lo agobian, sino que además arrebataremos de las manos de Franco un arma en extremo peligrosa. La lucha por la amnistía, tan noble, tan humana, puede ser, al mismo tiempo, un poderoso incentivo para conseguir la unidad de todos los españoles, no importa cuáles sean sus creencias y convicciones. Nadie que se sienta verdaderamente español puede negarse a suscribir una petición semejante. Ni los más indiferentes, ni los más empujados en determinadas actitudes. El clamor será profundo y de grandes alcances. Ha de subir de las entrañas de todas las gentes honradas. Y esta unidad española servirá, a la vez, para robustecer y afirmar la política de reconciliación: para impulsarla hacia su final victorioso. Claro: la política de reconciliación nacional vive hoy en el corazón de los grandes núcleos de nuestro pueblo; pero es necesario también que, al llegar determinadas circunstancias, los grupos de oposición que se mueven en el interior del país y que con mayor o menor claridad aprenden y sienten asimismo la necesidad de tal política, la hagan suya de modo decisivo, aplicándola a la realidad viva de nuestra patria.

Nuestro P., que al ir desarrollando la política de reconciliación acrece y recree cada día más sus filas, está esforzándose constantemente por ayudar a esos grupos, por obligarlos a que actúen de una manera más o menos orgánica y tomen contacto con

el pueblo, que es el que puede inspirarlos saludablemente. Aunque los resultados no sean muy elocuentes todavía, algo se está consiguiendo en este sentido, y la marcha misma de los acontecimientos acabará enseñando a estos amigos que el poner distancias entre las soluciones que se buscan y las masas populares no puede conducir, a la postre, más que al fracaso. La Jornada de reconciliación nacional, las huelgas y movimientos que durante el pasado año se produjeron en nuestro país han sido una lección viva y contundente para ellos. En el sucesivo les será difícil sustraerse al creciente agrupamiento de voluntades que se está levantando frente al régimen. Y algo parecido puede decirse de los socialistas, endurecidos, petrificados en posiciones verdaderamente e inconvertibles, posiciones que han reforzado en su VII Congreso y que, como ha demostrado documentalmente nuestro camarada Santiago Carrillo, están en abierta contradicción con las que mantienen los socialistas del interior de España. En ellos, como los alcanzados por ciertos modificados cultivos del revisionismo, al convertirse de hecho en delatores y acusar a los comunistas de miseriosas maquinaciones y conveniencias con el régimen franquista, acusaciones escabrosas y ridículas, por no calificadas de otro modo, que sólo pueden dictar el desprecio y el resentimiento. Porque ahí está la madre del cordero, que dice nuestro pueblo: ahí está la raíz de tales ataques. En el crecimiento ininterrumpido de nuestro P., en su tenacidad y sus aciertos al conducir la lucha. A algunos socialistas les entrecree el éxito de los comunistas. Pues bien, el camino que nosotros seguimos está abierto para todos. Exhortaciones de nuestra parte, para seguirlo, no han faltado jamás. Día a día he ido viniendo llamando a los compañeros socialistas a la unidad de acción, y aun ahora, cuando sólo recibimos de ellos furibundos golpes y sucias calumnias, seguimos rotundamente la mano, porque sabemos poner en primer término los intereses sagrados de nuestro pueblo.

Hasta gentes muy alejadas de nosotros tienen que reconocer la importancia que va adquiriendo el P.C. en España. Y, al hacerlo, no acuden a turbias explicaciones que, en última instancia, sólo sirven para que los que las proponen se engañen a sí mismos. Por ejemplo, en una reciente serie de artículos publicados por el conocido periodista Sulzberger en el "New York Times", dice su autor que los americanos siguen con mucha simpatía la lucha de Franco contra el comunismo, pero que

esa lucha no da resultado. "En el interior — escribe — si bien el comunismo está prohibido y la policía toma medidas draconianas contra los sospechosos, el hecho es que está creciendo". Luego, insiste, "este indulto parece más fuerte que nunca desde 1939, y según cálculos de un diplomático se estima que cuenta con... 350.000 partidarios. Sus agentes se infiltran en los sindicatos laborales, en los grupos estudiantiles, en la policía, en el ejército e incluso en la Falange". Y concluye así el articulista: "Sería una broma demasiado pesada encontrarse con que Franco, que lucha contra los rojos por más tiempo que nadie, resultara finalmente que había facilitado su crecimiento". Al margen de ciertas apreciaciones concretas, más o menos acertadas, del periodista éste es el hecho, el hecho objetivo, real, incontestable, que no ocultan ni nuestros propios enemigos: la importancia creciente de los grandes simpatizantes y su autoridad entre las masas populares.

Por eso, tampoco puede sorprender a nadie que la política de reconciliación nacional, la política que preconiza y practica el P., se esté abriendo paso con tanto entusiasmo en España. Recientes acontecimientos lo demuestran. Yo quiero hablar solamente de uno: el último, el más cercano. El 22 de febrero se han cumplido veinte años de la muerte de nuestro gran amigo Antonio Machado. Con tal motivo, un grupo de prestigiosos intelectuales franceses decidió rendir un homenaje a su memoria, trasladándose al interior de España. En ellos, como los alcanzados por ciertos modificados cultivos del revisionismo, al convertirse de hecho en delatores y acusar a los comunistas de miseriosas maquinaciones y conveniencias con el régimen franquista, acusaciones escabrosas y ridículas, por no calificadas de otro modo, que sólo pueden dictar el desprecio y el resentimiento. Porque ahí está la madre del cordero, que dice nuestro pueblo: ahí está la raíz de tales ataques. En el crecimiento ininterrumpido de nuestro P., en su tenacidad y sus aciertos al conducir la lucha. A algunos socialistas les entrecree el éxito de los comunistas. Pues bien, el camino que nosotros seguimos está abierto para todos. Exhortaciones de nuestra parte, para seguirlo, no han faltado jamás. Día a día he ido viniendo llamando a los compañeros socialistas a la unidad de acción, y aun ahora, cuando sólo recibimos de ellos furibundos golpes y sucias calumnias, seguimos rotundamente la mano, porque sabemos poner en primer término los intereses sagrados de nuestro pueblo.

Hasta gentes muy alejadas de nosotros tienen que reconocer la importancia que va adquiriendo el P.C. en España. Y, al hacerlo, no acuden a turbias explicaciones que, en última instancia, sólo sirven para que los que las proponen se engañen a sí mismos. Por ejemplo, en una reciente serie de artículos publicados por el conocido periodista Sulzberger en el "New York Times", dice su autor que los americanos siguen con mucha simpatía la lucha de Franco contra el comunismo, pero que

Aún nos queda fuerza en el corazón para defender el orgullo de nuestra dignidad humana". Ese orgullo y esa dignidad, camaradas, deben ser también los nuestros. Deben ser el motor que nos impulse a trabajar, a luchar, hasta conseguir la libertad de estos héroes, que han ganado ya un lugar de excepción en el corazón de toda España.

La idea de la amnistía no es cosa nueva entre nosotros. De largo tiempo venimos luchando por ella. Pero ahora el C. C. de nuestro P., y en su nombre, el B. P. vuelven a lanzarla en forma de una gran campaña, para que el vigésimo aniversario de la guerra civil sea conmemorado exigiendo la liquidación de una de las más trágicas secuelas: Yo voy a entrar aquí en la numeración de los trabajos que nos corresponde poner en marcha en esta campaña. Yo voy a hacer un buen trabajo en el C.A.S. como representante del comité de México, que, dando una prueba de su sensibilidad política, apenas que se iniciara la Dirección del P. la hizo suya unánimemente y se ha puesto a trabajar sobre ella sin perder un momento. Pero quiero decir que la campaña por amnistía va a alcanzar en todas partes una amplitud extraordinaria. En España, empezarán ya a producirse grandes movimientos de simpatía hacia esta generosa idea, y lo mismo sucederá en todos aquellos países donde logremos que la idea arraigue. El P. está utilizando todos sus efectivos en este caso, que para nosotros es de suma trascendencia, y acudiendo a sus amigos y simpatizantes del mundo entero. Nosotros, los camaradas de la Organización de México, tenemos que ser un ejemplo en esta ocasión. Todo nos favorece: el medio personal, los muchos años de estancia en este país. Contamos con grandes posibilidades de trabajo entre la vieja y la nueva emigración, entre los mexicanos de todas las clases sociales. Hay que acudir a las personalidades republicanas, a las personalidades de México, a los hombres dedicados a tareas de cultura. En todos ellos — estoy seguro — encontraremos un eco favorable. Nadie rechazará una solicitud de esa naturaleza. Camaradas:

La tarea de la amnistía es una tarea de profundo contenido político y humano. Hay que cumplirla al máximo. Veinte años de suplicio, de amargura, de dolor, de hambres dedicados a tareas de cultura. En todos ellos — estoy seguro — encontraremos un eco favorable. Nadie rechazará una solicitud de esa naturaleza. Camaradas:

¿MERCADO O PATIO DE MARIPODO?

Anejo a la lonja de frutas y verduras de la ciudad de Murcia se ha construido una especie de corral, que lleva el nombre de mercado de letones. Se trata de un recinto en el que sólo hay cinco o seis apartaderos. El resto es un gran patio en el que se hacían marés de puercos en su imperio. Anteriormente, la venta de los animales se encerraba directamente entre el comprador y el vendedor, sin intermediarios ni comisiones. Ahora, con motivo de la elementalísima construcción realizada, ha aparecido una serie de impuestos y gabelas que originan la constante protesta de los vendedores.

Veamos: un hurtatón lleva al mercado ocho cochinitos en un carro tirado por un burro. A la entrada del mercado hay cinco mesas, y en todas le cobran por algo: por la entrada del carro, 5 pesetas y 50 si se trata de un camión; por la entrada de los cochinitos, 8 pesetas; por la estancia en el mercado, 10 pesetas; por la venta; por la cédula de tránsito, otras 20, y por el certificado de sanidad que garantiza la desinfección — que no desinfecta nada —, 25 pesetas. ¡Ah! Varios de los recibos no llevan su importe sellado, ¿dónde van a parar esas cantidades?



Aleida segoviana.